

rios y crea sus instrumentos. En contra de la ciencia, están los hábitos coloniales que subsisten, la vieja aristocracia de los procónsules y la ligereza y el egoísmo de los modernos conductores. Ha sido, por eso, nuestra América, en sus experiencias infortunadas, teatro de exotismos que simulan el auge, el florecimiento y la ira de nuevos ideales; y pudo confundir, a su turno, cada pueblo, según los métodos en práctica, el retroceso, que aplaza la tragedia, con la prosperidad que lo acerca a su destino. El error se hace omnisciente, contamina las raíces del tronco nacional, adormece los ímpetus amenazadores y aclama su pontífice y sus ídolos. El orden que se produce no es consecuencia de la dicha, ni cosecha de la equidad; y del dolor fecundo nace el Apóstol que fulmina la injusticia.

EL NOMBRE DE MADERO

HE de pronunciar el nombre, sagrado para mí, sagrado para vosotros que en homenaje a su memoria agradecéis la devoción que me inspiró en el sacrificio; he de pronunciar, digo, el nombre de Francisco Madero que personifica, en vuestro país y en América, la rehabilitación y la lógica de los derechos individuales, y persigue a toda costa, un fin moral. A su entender, el progreso es el bien; el progreso es la ciencia, la poesía, la igualdad para el bien; y dentro de la esfera política el bien se realiza en todas las formas, con toda la eficacia que supone progreso del espíritu y progreso material. Sus contradictores, absortos, lo tachan de alucinado y, entre las garras del fatalismo, que les impide comprenderlo, no advierten que toman por demencia su propiedad y por falta precisamente sus virtudes. Persigue un fin moral y un fin moral dogmático; pero funda su moral en las leyes de la naturaleza y coincide, en parte, con la más hermosa de las teorías contemporáneas al recomendarnos vivir conforme a los dictados de la vida. No se mostró, de ahí, enemigo de sus detrac-

tores; aventurándose a los riesgos de la política, empozoñada y artera, quiso convencerlos antes que suprimirlos; no habría saboreado las páginas que afaman a Deshumbert, inyectan de optimismo al sabio don Miguel Morayta y seducen al inglés Hartman, al portugués Vieira, al holandés Booms, al japonés Oyama, y al rumano Antoneseu, pero ajustó su conducta de hombre de gobierno a un suave proceder conciliador, persuadido, a disgusto de no pocos de sus correligionarios, de que «la cooperación juega, en el desenvolvimiento de la sociedad, papel más importante que la lucha».

Sustenta un socialismo sintético y elemental, porque la mira socialista es justicia y arrebatada al monopolio cruel sus víctimas inermes e indefensas, la gran masa humana que sirve, a cambio de humillación y tormento, a la causa de la industria y del trabajo. No obstante, de las arengas del Apóstol, de su crítica a la Dictadura, de su flagelo a todos los vicios del predominio se infiere la modalidad clásica de su preparación adquirida en los antiguos maestros del espíritu francés; el racionalismo, que profesaba, participa de Rousseau y Condorcet, y, suscribiría, sin recelo, algunos de los olvidados capítulos de Benjamín Constant, para lograr que su sistema político, resumen de libertades y derechos, arraigue en los corazones.

LOS IDEALES DEL APÓSTOL

EL Apóstol pretendía una República sin desheredados y sin proscriptos, una democracia prudente, un régimen liberal, de escaso gobierno, donde los sabios, como imploraba Renán, los filósofos, los augures benéficos, pudieran laborar y estudiar en paz; y no ha de sorprender al psicólogo que su concepto de Estado—«la obra maestra del egoísmo inteligente» que diría Schopenhauer,—y su fe en la bondad orgánica del hombre, le permitieran ilusionarse, en la silla presidencial, y suponer, ya la trama de su caída en pie, que la lucha se extinguía sobre el

regazo de la cooperación y la concordia. ¡Oh, cuán difícil es, para el humano espíritu, descubrir y comprobar la verdad; comprobarla y descubrirla como lámpara del futuro! Empero, la equivocación del Apóstol equivale, en aquellas horas, a la garantía de su apostolado; a distancia, se me antoja el punto de partida, ya irrevocable, de su propia y eterna victoria; y si, en aquel sublime yerro, el historiador sectario anotase una quimera, nada hay más venerable que la quimera en el borde marmóreo de la tumba, la quimera que entusiasma a las legiones, que electriza a las muchedumbres y encuentra su desenlace en las grandes verdades que integran el patrimonio moral del hombre. Y si aspiráis a vindicar la clarividencia del Apóstol, que excede a la del gobernante, hojead su único libro y tropezaréis con la predicción ocasional de la guerra europea y el estupendo cuadro de sus motivos y consecuencias; reproducid sus discursos en la asamblea popular, en las fiestas oficiales, en los banquetes, leed, con atención, sus cartas privadas, y sus memorias, y encontraréis, en el laberinto de su genialidad, el anticipado encauzamiento de las aguas dispersas que descienden, más tarde, y se derraman y se abrazan. Los prosistas que adornan sus lucubraciones de sutilezas y brocados, objetarán que la gramática del Apóstol era defectuosa y, de uno en otro descuido, incurría en profanaciones de retórica; pero, observad, con Hipólito Taine, que Cincinnati no es Xenofonte: Madero jamás habló ni escribió con hambre de figurar en galerías de oradores y literatos; la profunda visión del moralista, que prevalece en el Apóstol, descompone los hechos con arreglo a su ley propia y los recompone conforme a su propio sistema, como si hubiese providencialmente servido a los olímpicos talleres de Henry Bergson. Apóstol por la virtud, por la confianza en sí, por la inteligencia, por el instinto, columbró, ya traicionado y depuesto, la próxima cruzada; en la quietud siniestra del cautiverio, acechado por los verdugos, con un pie sobre el sepulcro que se abría, dedicó sus instantes postreros a la insondable meditación, que apenas por una palabra, por una frase corta, por la transparencia de sus pupilas, pudiera yo, su acompañante, explorar y colegir a medias. «¿Qué cosa es la Enmienda Platt?» me interrogó de pronto. Entendí, al contestarle, que su noble pensamiento se dilataba sobre nuestro mundo americano; y la Enmienda Platt se le ocurrió, de seguro, el aspecto más enigmático de la diplomacia continental, escollo contra el que, al cabo, coordinarían su política los gobiernos y los pueblos de Hispano-América. Significa la Enmienda Platt

¡SALVESE DEL TRANCAZO!

Combata esos primeros síntomas tomando
BROMOQUINOIDES

Preparados por la **BOTICA FRANCESA**